



EL PSICOANALISTA NO ES NI JUSTO NI TODO LO CONTRARIO

PSYCHOANALYSTS ARE NOT EITHER FAIR OR UNFAIR

Fecha de recepción: 10/3/18 Fecha de aceptación: 17/4/18

Margarita Alvarez Villanueva

Psicoanalista en Barcelona. Miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP)-AMP. AME. Psicóloga Especialista en Psicología Clínica. Supervisora de clínicos y equipos clínicos. Docente de la Sección Clínica de Barcelona (Instituto del Campo Freudiano). Directora de "El Psicoanálisis", revista de la ELP. Coordinadora de la Federación Internacional de Bibliotecas del Campo Freudiano (FIBOL)-Europa. Autora de numerosos artículos en revistas especializadas.

Resumen: En este artículo se interroga la posición del analista a partir de la sentencia de Lacan: "Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época". Se explicara por qué el analista no es un humanista, por qué más bien es quien tiene el deber de estar advertido de los ideales presentes en la valentía y en la justicia, ya que es él quien tratará con el real en juego.

Palabras clave: Ley - Subjetividad - Justo - Antihumanista - Psicoanalista- Ideales

Abstract: *This work is aimed at reflecting on analysts' stance through the Lacanian statement: "So it is better for those who are not able to incorporate the subjectivity of their time into their horizon to resign". The reason why analysts are not humanist or rather why they have to be aware of the ideals behind bravery and justice is explained since they are the ones who face the intervening real.*

Key words: Law - Subjectivity - Fair - Antihumanist - Psychoanalysts - Ideals

En una entrevista publicada hace tres años, Jacques-Alain Miller planteaba que "Jacques Lacan tenía una gran ambición para el analista. Pensaba que cuando uno había acabado su análisis confluía con el movimiento de su época" (1).

La preocupación porque el psicoanálisis esté atento a esta última la encontramos ya en Sigmund Freud en torno al final de la primera guerra mundial, hace cien años, momento que coincide con el final del Imperio Austrohúngaro y la Revolución Rusa, es decir, con las grandes transformaciones político-sociales que modificarán el rostro de Europa e influirán en la vida y las perspectivas de la gente en gran parte del mundo.

A pesar de la incertidumbre y las dificultades que implica la desintegración del Imperio, Freud asegura estar satisfecho con ese resultado, confiando que la caída del absolutismo conduzca a un mundo mejor (2).

En esa época empieza a preocuparse por inventar dispositivos para que la terapia psicoanalítica pueda aplicarse a la gente sin recursos económicos ayudando a aliviar la "miseria neurótica" de la población, consecuencia de sus duras e injustas condiciones de vida. Asimismo espera que la conciencia moral de la sociedad despierte a ese respecto (3). El gran trabajo de Elisabeth Ann Danto ilustra bien el esfuerzo de Freud y sus discípulos al respecto (4). La creación del Instituto Policlínico de Berlín, entre otros, es una buena muestra de ello.

En relación a Lacan, encontramos esa ambición señalada por Miller que hemos citado al principio, ya en 1953, es decir, al principio de su enseñanza, cuando al referirse a la formación del analista sentencia: "Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época" (5).



Me pregunto si esta frase ampliamente citada e interpretada es siempre entendida por nosotros del mismo modo. Pero creo que podemos estar de acuerdo en decir que Lacan no habla aquí de que el psicoanalista haya de unir a su horizonte los ideales de su época sino la subjetividad de la misma. Y entiendo aquí que con “subjetividad de la época” Lacan se refiere a las condiciones del Otro que caracterizan a esta última y las repercusiones que ellas tienen en los sujetos.

Un año después, Lacan plantea en su seminario que “no estamos dispensados de los problemas planteados por las relaciones entre el deseo del sujeto y el conjunto del sistema simbólico en que el sujeto está llamado a ocupar un lugar” (6). Esta frase se enmarca en la tesis de la preeminencia del símbolo en el mundo humano característica de estos primeros años 50, según las tesis pioneras de Levi-Strauss: todo lo que acontece en el sujeto debe situarse en su relación con la ley, siempre simbólica, la cual opera para el sujeto, incluso aunque él la desconozca: la estructura se incorpora de manera inconsciente (7). Siguiendo al fundador de la antropología estructural, Lacan plantea en ese momento que las leyes de la alianza y la filiación estructuran el mundo simbólico del sujeto de tal modo que la prohibición universal del incesto no tiene por qué ser enunciada explícitamente para operar.

Por otro lado, Lacan subraya que la relación del sujeto con el símbolo no es universal: los mundos simbólicos varían de sujeto a sujeto, según las coordenadas simbólicas en que ha nacido, las vicisitudes de su historia, etc. Por eso, no es posible, un tratamiento tipo.

Además, la relación del sujeto con la ley nunca es simple en tanto ésta tiene distintos planos, por ejemplo, la ley jurídica, la ley religiosa, la ley edípica, la ley insensata del superyó... Respecto a este último, plantea que aparece, al igual que el inconsciente, como una escisión en el mundo simbólico del sujeto que explica el carácter coercitivo que aquél tiene para él: “Es un enunciado discordante, ignorado en la ley, un enunciado situado al primer plano por un acontecimiento traumático, que reduce la ley a una emergencia de carácter inadmisibles, no integrable” (8) –a partir de 1955, Lacan vinculará el superyó con el imperativo categórico kantiano (9).

Para situar este conflicto del sujeto con los distintos planos de la ley, Lacan acude aquí a un

ejemplo (10) de su clínica: se trata de un sujeto de origen musulmán que presenta síntomas con “las actividades de la mano”. En un análisis “clásico” –señala-la interpretación del analista apuntaría a la masturbación infantil y a los efectos de las prohibiciones proferidas por el entorno. Pero Lacan se distancia de esta interpretación, que nada explica de la particularidad de los síntomas del sujeto pues esas prohibiciones siempre existen. Y señala que la relación del sujeto con la ley en la religión islámica tiene un carácter totalitario que no permite separar el plano jurídico y el plano religioso.

Aunque este sujeto desconocía la ley coránica, Lacan plantea que nosotros no debemos desconocer las referencias simbólicas del sujeto: en este caso se trataba de la ley coránica que sanciona el robo con un “se le cortará la mano”. El sujeto había aislado del conjunto de la ley de modo privilegiado este enunciado que estaba en el centro de toda una serie de expresiones inconscientes sintomáticas, vinculadas con una experiencia fundamental de su infancia.

Entonces, Lacan se refiere al final del análisis y plantea que “una vez realizadas las vueltas necesarias para que aparezcan los objetos del sujeto y para que su historia imaginaria sea completada, una vez nombrados y reintegrados los deseos sucesivos (...) no todo está terminado. Ello debe trasladarse al sistema completado de los símbolos. Así lo exige la salida del análisis. Y seguidamente se pregunta las frases (11) que me han pedido comentar: “¿Dónde se detendrá esta remisión? ¿Deberíamos impulsar la intervención analítica hasta entablar diálogos fundamentales sobre la valentía y la justicia, siguiendo así la gran tradición dialéctica?”.

Seguidamente responde que “no es fácil resolver la pregunta porque, a decir verdad, el hombre contemporáneo se ha vuelto singularmente poco hábil para abordar estos grandes temas. Prefiere resolver las cosas en términos de conducta, adaptación, moral de grupo y otras pamplinas. De ahí la gravedad del problema que plantea la formación humana del analista”.

Estamos aún en 1954. Y me parece que podemos encontrar algunas respuestas a esta pregunta en la enseñanza ulterior de Lacan donde ya no se trata de la preeminencia de lo simbólico sino de la del goce; donde no se resuelve la división del sujeto respecto a su goce (se encuentran solucio-



nes, pero no se elimina); donde el Otro no puede dar cuenta del goce; donde ya no hay un ideal de integración del final del sino que queda un resto no simbolizable; es decir, donde encontramos una concepción del final de análisis que, si bien nos abre posibilidades de invención de soluciones inéditas, está “rebajado” desde el punto de vista del ideal o de lo simbólico que ya no es en la teoría lo que era.

EL ANTIHUMANISMO DEL PSICOANALISTA

Aunque Lacan no dejó nunca de hablar de la importancia de las disciplinas simbólicas en la formación del analista -en el Seminario 25 aún recuerda la importancia de la retórica en la formación del analista, a través del neologismo retor- el calificativo de formación “humana” aplicado al analista se desprestigiará paulatinamente en su enseñanza, en la medida que el goce toma un lugar preponderante en ella.

Entonces, para volver a la frase indicada, podemos afirmar que no hay formación analítica que sea humana porque el psicoanalista no es un humanista. No puede serlo porque se ha de situar no en relación al ideal, a lo imaginario y lo simbólico que constituyen el mundo humano, sino en relación a lo real en juego, por definición inhumano: lo no-humano en el corazón de lo humano. El psicoanálisis no es humano y el psicoanalista es un antihumanista.

Y en ese sentido el psicoanalista no puede dejar de estar advertido de todo aquello que opera taponando la división subjetiva, el agujero de lo real en lo simbólico para cada uno, o para un grupo, o en una época. En primer lugar, debe estar advertido del fantasma, de los ideales, incluidos el de la valentía y el de la justicia, que Lacan cita en la frase que comento.

La formación del analista no pasa por el cultivo de los ideales ni de la Verdad, sino por su relación con lo real. No se trata de que tenga una relación con la valentía, que Lacan comenta en su Seminario VII en relación al mal estado en que acaban los héroes.

En el capítulo de este seminario titulado “La demanda de felicidad y la promesa analítica”, añade: “La cuestión del Soberano Bien se plantea ancestralmente para el hombre pero él, el analista, sabe que esta cuestión es una cuestión cerrada. No solo lo que se le demanda, el Soberano Bien, él no lo tiene, sin duda, sino que además sabe que no

existe. Haber llevado a su término un análisis no es más que haber encontrado ese límite en el que se plantea toda la problemática del deseo” (12). Y, más adelante, añade que el analista “no puede desear lo imposible” (13).

El analista no es un héroe pero tiene que tener coraje frente a lo real para no ceder al no querer saber de aquello que le habita; para llevar también al analizante a poner la máxima distancia entre I y a, el ideal y el objeto, y no retroceder tampoco ante ello.

Tener coraje no quiere decir ser temerario. El sujeto puede serlo pero el analista no, porque está sujeto a una ética. Y ésta no compete a los ideales de valentía o de justicia sino a “bien decir” el goce, acción que requiere el medio decir de la verdad para apuntar a cernir el síntoma en juego, o a sintomatizarlo cuando se presenta en la forma del estrago. En este sentido, el analista más que un héroe o un juez es un “artificiero respecto a lo real”(14) tomando la feliz expresión planteada por Miquel Bassols hace cuatro años: se trata de aproximarlo y de manejarlo de manera que no explote. En relación a lo real, Lacan señala la virtud de la prudencia, la cual no ha de inhibir el acto, sino dar las condiciones para que encuentre su momento. Entonces, los analistas tenemos que estar advertidos del ideal de justicia al igual que de cualquier otro ideal. Por otro lado, Lacan se mofó un poco de la idea de una justicia distributiva (15). Miller por su parte señala que no estaba atormentado por ella: Lacan no era un justo (16). Pero eso, no le convierte en injusto. Se trata de otra lógica.

UNA PARADOJA DE LA SUBJETIVIDAD DE NUESTRA ÉPOCA

En relación a la justicia y al humanitarismo, Lacan afirma, en 1951, que “en una civilización cuyos ideales serán cada vez más utilitarios, comprometida como está con el ritmo acelerado de su producción (...) los ideales del humanismo se resuelven en el utilitarismo del grupo. Y como el grupo que hace la ley no está, por razones sociales, completamente seguro respecto a la justicia de los fundamentos de su poder, se remite a un humanitarismo en el que se expresan igualmente la sublevación de los explotados y la mala conciencia de los explotadores” (17).

Miller subraya al respecto que cuando un gobernante está demasiado seguro de la justicia de los fundamentos de su poder, no nos da seguridad



alguna, a pesar de sus buenas intenciones (18). Podríamos quizás añadir que cuando un analista está muy seguro de sus intenciones, tampoco. Y, entonces, puede pasar que ilustre aquello que Shakespeare hace decir al Rey Lear: “No somos los primeros que vamos hacia lo peor con las mejores intenciones” (19). Desde “La dirección de la cura” Lacan previene de la relación del analista con el poder (20).

Cada vez que desaparece la división subjetiva en el Otro, en los otros o en uno mismo, hay razones para inquietarse, y más cuando se trata de alguien que encarna el poder. ¿Pero cómo manejarse con ello? Ahora que, con La movida Zadig, estamos entrando en campos inéditos para nosotros, es especialmente importante velar por mantener las condiciones en las que el psicoanálisis puede ser operativo.

También es interesante para pensar “la subjetividad de la época” esta paradoja, que Lacan plantea poco después, en ese mismo escrito, sobre algo que advierte cuando aún justo está empezando, y que ahora, setenta años después, se revela en todo su potencia: la solidaridad entre el ascenso del individualismo y el creciente conformismo social. En una civilización donde el individualismo reina es donde hay más fenómenos de asimilación social, es decir, que “los individuos tenderán a un estado en qué pensarán, sentirán, amarán y harán exactamente las mismas cosas a las mismas horas en porciones del espacio estrictamente equivalentes” (21). Hemos de estar advertidos de ello, en

tanto este conformismo social, hecho con identificaciones alienantes, comporta una agresividad que a partir de cierto punto produce efectos de ruptura y polarización en la masa, como subraya Lacan.

La creciente división del mundo no es la buena división que trata de mantener abierta el psicoanálisis. Por el contrario, se trata de trabajar para disminuir ese abismo, esa grieta, esa fisura destructiva y sus consecuencias de segregación (también de autosegregación) y consiguiente ruptura del lazo social.

En la entrevista citada al principio, Miller sostiene que “en mayo del 68, el Seminario de Lacan estaba lleno de jóvenes estudiantes que esperaban alguna cosa de la lección que daba de no someterse y tampoco de ir hacia la utopía. Pero el psicoanálisis es una práctica de palabra que no consiste en imponer los prejuicios, los ideales, las concepciones de la gente, sino que permite a cada uno esclarecer los suyos. Tanto es así que el psicoanálisis es conforme al pensamiento de Heráclito, cuando dice que los seres humanos comparten el mismo mundo cuando están despiertos, mientras que, cuando duermen, cada uno tiene el suyo” (22).

Entonces, se trata de que los psicoanalistas, que sabemos del sueño de muerte del goce, encontremos, cada vez, el momento de despertar, como ya esperaba Freud.

Notas

- (1) “Por la libertad de palabra. Entrevista a Jacques-Alain Miller”, en *PuntDiari*, sábado 3 de marzo de 2013. http://www.eol.org.ar/template.asp?Sec=prensa&SubSec=europa&File=europa/2013/13-03-02_Entrevista-a-Jacques-Alain-Miller.html
- (2) Freud, S. –Ferenczi, S.: “Carta 762 (11 de octubre de 1918)”, Correspondencia completa II-2, Madrid, Síntesis, 1999.
- (3) Freud, Sigmund: “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” (1918), *Obras Completas*, vol. XVII, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1984, p. 162.
- (4) Danto, Elisabeth Ann: *Psicoanálisis y justicia social*, Madrid, Gredos-ELP, 2013.
- (5) Lacan, Jacques: “Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis”, Escritos 1, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- (6) Lacan, Jacques: *El Seminario, libro I: Los escritos técnicos de Freud* (1953-1954), Barcelona, piados, sesión del 19 de mayo de 1954, 1981, p. 293.
- (7) Levi-Strauss, Claude: *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, Paidós, 1981.
- (8) Lacan, Jacques: *El Seminario, libro I: Los escritos técnicos de Freud*, op. cit., p. 292.
- (9) Lacan Jacques: *El seminario, libro III: Las psicosis*, Buenos Aires, Paidós, 1984, p. 393.
- (10) Lacan, Jacques: *El Seminario, libro I: Los escritos técnicos de Freud*, op. cit., pp. 292-3.

- (11) *Ibidem*, pp. 293-4.
- (12) Lacan, Jacques, *El Seminario, libro VII: La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires Paidós, 1988, p. 357.
- (13) *Ibidem*, p. 358.
- (14) Entrevista de Marisa Morao a Miquel Bassols a propósito del cartel en las escuelas de la AMP, en *Radio Lacan*, el 20 de agosto de 2014.
- (15) Lacan, Jacques: “Televisión”, *Otros escritos*, Buenos Aires, 2012, p. 546.
- (16) Miller, Jacques-Alain: *Vida de Lacan*, 2 de agosto de 2011. <http://ampblog2006.blogspot.com.es/2011/08/jacques-alain-miller-vida-de-lacan.html>
- (17) Lacan, Jacques: “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología” (1951), *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008, p. 140.
- (18) Miller, Jacques-Alain, *Piezas sueltas*, Curso de la Orientación lacaniana 2004-5, Buenos Aires, Paidós, 2013, p. 157.
- (19) Shakespeare, William, “El rey Lear”, *Obras Completas II*, Madrid, Aguilar, 1991.
- (20) Lacan, Jacques, “La dirección de la cura y los principios de su poder”, *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2008.
- (21) Lacan, Jacques, “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología”, op. cit., p. 146.
- (22). “Por la libertad de palabra”, op. cit.

